

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus qui tam strenue religionis, et iustitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—Pío IX al Directorio redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias, 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero, 70 rs.—En Ultramar, 90 reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificado.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saaavedra, 55, rue Taibout.—Málaga, D. Cirilo Rivera, calle de Anda, núm. 5.—No se devuelve ningún manuscrito.

CÓRTESES

CONGRESO.

Extracto de la sesión celebrada el día 10 de Febrero de 1873.

A las dos entra en el salón el Sr. Riquelme.

El Sr. Riquelme se cubren de diputados los bancos.

Las tribunas están repletas de gente, y en las avenidas del edificio se ven numerosos grupos.

Se abre por fin la sesión, hallándose desierto el banco azul.

El secretario, Sr. Moreno Rodríguez, lee el acta.

Al concluir la mayoría en masa pide que la votación del acta sea nominal.

Empieza la votación, la cual se lleva muy despacio, sin duda para ganar tiempo.

El banco azul continúa desocupado.

Se aprueba el acta por 214 votos.

Se lee una proposición sobre elecciones municipales de la provincia de Guipúzcoa.

La apoya el Sr. Sánchez.

Crea generalización que el Gobierno sigue confundiendo y no puede presentarse todavía en el parlamento.

El Sr. Sánchez, aburrido a los espectadores con un largo y pesado discurso que nadie escucha.

El salón está completamente desierto.

Se pide también la votación nominal para tomar en consideración esta proposición, en la cual se emplea otra media hora.

El marqués de la Florida apoya otra proposición para establecer un cable entre España, Canarias y Marruecos.

Como la anterior, se vota nominalmente.

Situación política.

El Sr. FIGUERAS: Pido la palabra para dirigir una pregunta a la mesa.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. FIGUERAS: Creo que comprenderán todos los señores diputados; creo que comprenderán en su espíritu el señor presidente, y creo que al señor lo convencerá el país también, que es altamente indecoroso el país también, hoy. Estamos en una crisis profunda, en que se libra la suerte de la libertad, y sin embargo de la paciencia, de la bonafinidad de los señores diputados, estamos huérfanos de Gobierno. Jamás cuando ha habido crisis, no ya de instituciones, que estas son poco frecuentes, sino simplemente ministeriales, han faltado de sus puestos los consejeros de la Corona; y hoy día, cuando está la suerte que digo fatal, cuando es público y sabido que se trata de una crisis de la institución monárquica, es en verdad vergonzoso que el Gobierno no esté sentado en su banco para responder a las interpelaciones que tenemos derecho a dirigirle.

Yo pregunto, pues, al señor presidente, si está dispuesto a dirigir al Gobierno el correspondiente llamamiento para que venga a responder a nuestras preguntas en el seno de la Representación nacional; y si no viene, que seamos nosotros, que somos los representantes de la primera soberanía nacional, que esta sobre todos los poderes, hemos de resolver por nosotros mismos.

El Sr. PRESIDENTE: He llamado al Gobierno una porción de veces, y esta será la última. Respecto a la segunda cuestión, el presidente resolverá cuando lo tenga por conveniente.

(En este momento entran los señores ministros en el salón.)

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Figueras tiene la palabra.

El Sr. FIGUERAS: Precediendo del exordio, que no hay para qué repetir, he preguntado, no al Gobierno, sino a la mesa, si estaba dispuesta a llamar al Gobierno; y en caso de que no viniera, a hacer que nosotros, adoptáramos por nosotros mismos la resolución que convenga a los intereses de la patria en las gravísimas y solenes circunstancias en que el país se encuentra.

El Sr. PRESIDENTE: De seguro, señores diputados, que yo voy a defraudar en momentos tan solenes la atención y la expectativa de la Cámara y del público, que ha venido a las tribunas en busca de grandes mociones, porque voy a contestar muy sencillamente al Sr. Figueras. El Gobierno no ha estado aquí, porque está seguro de que no hay un solo diputado ni un solo español que no crea que el Gobierno no puede asistir en este momento a estos debates, y tiene que estar reunido y que discutir y acordar para procurar que se consiga el fin que ha dicho el Sr. Figueras.

Su Señoría ha dicho que la Asamblea, como si fuera única, como si no hubiera otra Cámara con iguales derechos y con iguales deberes, debe proveer a lo que en estos momentos convenga a los intereses de la patria y de la libertad; y yo pregunto: ¿para qué? ¿Qué ocurre? (Algunas risas). Las circunstancias son solenes, y perdónenme los que se ríen que les diga que estos momentos no son oportunos para interrumpir a nadie, y menos al presidente de un Consejo de ministros que está dando ciertas explicaciones.

¿Qué ha ocurrido? ¿Qué sucede? Cosas muy graves: la situación es muy grave, muy comprometida para todo y para todos, extraordinariamente considerada; pero no hay nada que deba resolverse ni ventilarse en el terreno oficial, y nadie tiene derecho a ser precipitado, ni a exigir una resolución hasta que sea preciso y conveniente tomarla.

Extraordinariamente ¿qué ocurre? Presentada una proposición sobre la mesa, buscada firma, deliberada sobre ella, y veis que no hay motivo para hacer nada: no haréis más que provocar una discusión inútil, que el Gobierno ha querido evitar.

Oficialmente no ocurre nada; pero está en un Gobierno que se debe a la lealtad de sus convicciones, a la franqueza de sus propósitos, a la firmeza para sostener lo que constituye su honra, y en este momento su honra es sostener los poderes que le dieron vida, y si alguno de ellos hubiera de desaparecer, conservar el orden público para salvar los intereses sociales; y una vez sustituido el poder que desaparece, el Gobierno desaparecerá.

¿para su puesto, y cada uno de sus individuos seguirá el derrotero que le marquen sus antecedentes y su conciencia.

Y como ante todo al Gobierno le ser franco, ya a decir a la Cámara lo que ocurre, para que la Cámara vea si ha hecho bien en no venir aquí y en desear que esta tarde no hubiera sesión, para no verse precisado a dar contestación a las interpelaciones que se le pudiera hacer. Vamos a la cuestión extraparlamentaria. S. M. el rey, anteayer, al terminar el Consejo de ministros, dijo al presidente que estaba resuelto, firmísimamente resuelto a renunciar la corona. El presidente del Consejo de ministros no tiene que decir lo que contestó a S. M. el rey, que cumplió el presidente de un Gobierno que ha nacido por su iniciativa, y a quien crees que ha creído siempre que podría su patria encontrar la libertad y el orden bajo la dinastía de S. M. el rey, anteayer, que cree que esto puede conseguirse caminando por otros derroteros, sigalos en buen hora. El Gobierno no lo crea.

El rey me dijo esto; yo tuve que preguntarle dos cosas: primera, si me autorizaba a decirlo al Consejo de ministros; segunda, si a consecuencia de saberlo mayor o menor número de personas, me autorizaba para afirmarlo o desmentirlo. El rey me autorizó para decirlo a mis compañeros, y no me dijo que debiera desmentirlo en la opinión pública. Se lo dije, pues, a los que conmigo formaban el Gabinete, y no es de la competencia de la Cámara el saber lo que pasó en aquel Consejo de ministros. Tuve la honra de volver a ver al rey, e insistió en su renuncia, repitiéndome el encargo de que así se lo dijera a mis compañeros, para que proveyéramos a las necesidades del orden público en las eventualidades de lo que aquí pudiera suceder. ¿Qué iba a acordar un Gobierno monárquico constitucional? ¿Qué iban a acordar hombres que debían a aquel poder su existencia política como ministros?

Lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

Acordó el Gobierno aplicar al rey, lo que acordó el último de los individuos de una sociedad cuando ve a un compañero o a un amigo en una situación en que cree que no debe estar; lo que acuerdan los hombres que tienen fe profunda en lo que han proclamado y están dispuestos a defenderlo.

por qué; tiempo vendrá en que me explique, pero quiero hacer esta protesta en nombre de mi honra y de mi decoro, contra toda imposición que pudiera venir, aunque no de aquí, y manifestar que preferiría mil veces morir como ministro en el cumplimiento de mi deber, a que pudiera creerse que por un instante siquiera había albergado en mi la idea de la traición o de la debilidad ante circunstancias tan graves.

No quiero entrar en otras consideraciones. Cuando la cuestión venga, si viene, cada uno aceptará la responsabilidad que le quepa; entretanto, el Gobierno nada más tiene que añadir a lo que ha considerado necesario hacer presente para satisfacer la ansiedad del país. Vosotros juzgaréis si hemos hecho bien o mal; mientras tanto, en plio a los señores republicanos un primer término a los amigos de la mayoría nada tengo que decir; a los conservadores ya verán de qué manera se consolida una dinastía, arrojando un rey cada tres años; suplico, digo, a todos, que no tengamos debate sobre una cosa que se ha de reproducir mañana o pasado mañana, porque perderíamos un tiempo que el Gobierno necesita para atender a otras atenciones. Suplico además, y esto a todos, no ya solo a la minoría republicana, que tiene muchas pruebas de cordura, y por eso me limito a recordarle que no hay nadie a quien más perjudiquen las perturbaciones del orden público que a los que desean la realización de la idea por el derecho, que pongan todos los medios que se estén a su alcance para que el orden público no se altere. A los demás partidos; a los que están fuera de la revolución y del principio liberal que la misma representa, nada tengo que aconsejarles, que hagan lo que quieran, que el miedo que han de pasar si llega el momento supremo, me ha de compensar de todos mis disgustos y de todas mis amarguras. (Palabras de los Sres. Esteban Calles, Salazar y Pío.)

Viniendo bajo un régimen constitucional, ocupamos este puesto porque tenemos la confianza de la corona y de las Cortes; si hay alguno que crea que una Cámara, de la noche a la mañana puede pasar de monárquica a republicana, que lo diga. (El Sr. Damato: Aquí hay uno.) Oigo decir que hay uno y nada tengo que contestar, porque está en su derecho; y si la mayoría se halla en ese sentido, que lo diga; si opina de esa manera, que lo exprese. (Varios señores: No, no.)

El Sr. FIGUERAS: No se puede interrogar de ese modo.

El Sr. PRESIDENTE: Tampoco se puede interrumpir al orador.

El Sr. PRESIDENTE: Yo he pedido que se aplazase este asunto para el momento y sazón oportuno; si hay quien crea que debe traer antes, trágalo en buen hora, sin responsabilidad para el Gobierno.

Sentiré que haya alguien que crea que ese debate venga; y después de señalar otra vez, que se ayude al Gobierno para sostener el orden público, concluyendo diciendo que en un minuto, ni un segundo permanecerá el Gobierno en este puesto, si teniendo la confianza de la corona, no mereciera la fe de las Cortes.

El Sr. FIGUERAS: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: Sr. Figueras, a la práctica parlamentaria de S. S. apelo. Su señoría sabe que no se puede abrir un debate con motivo de una pregunta.

El Sr. FIGUERAS: Yo pregunto, pues, al señor presidente de la Cámara si me permite continuar el debate, y al Gobierno si quiere que conteste al señor presidente del Consejo de ministros, sin necesidad de anunciar una interpelación ni de presentar una proposición. En caso contrario, anuncio desde luego una interpelación.

El Sr. PRESIDENTE: No es el Gobierno al que dirige las discusiones, es el presidente. Su señoría anuncia una interpelación. Concluyó la palabra al señor presidente del Consejo de ministros para que diga si quiere contestar en el acto.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Figueras cree que necesita todo su tiempo para reunirse y para acordar lo que le parezca más conveniente a los intereses del país, que

titudinal, que de salida para todos los conflictos, porque es menester que del caos nazca y se engendre una creación, y es menester que salga del derecho, que salga de esta Asamblea. Si en vez de nacer así esa creación, nace de las calles y de las barricadas, la libertad está perdida; y si sale de aquí, podemos estar persuadidos de que hay grandes esperanzas de que se salven la patria y la libertad.

El Sr. FIGUERAS: Si alguna vez, señores, podría maldecir el Verbo divino que hace al hombre el ser más digno de la creación, yo maldeciría en este momento la palabra del Sr. Martos, que tiene a propiamente a esta mayoría una dosis de bala para que se duerma y se despierte mañana ahogada y viendo la libertad completamente perdida.

Su señoría ha tenido halagos para muchos, esperanzas para algunos, ambiciones para todos, pero razón ninguna. ¡Ah, señores! En las palabras del señor ministro de Estado encuentro yo el argumento más poderoso para que se apruebe la proposición. Según las explicaciones que su señoría ha dado, creo que desgraciadamente la resolución del rey es irrevocable; y después de que la cuestión ha venido aquí, es inverosímil, es imposible que retroceda; pues entonces, señores, ¿qué inconveniente hay en que estemos en sesión permanente? Si hay quien quiera dormir, que duerma. Nosotros, cuando está en peligro la libertad de la patria, no necesitamos reposo; el Dios de las batallas, que nos manda estas horas de amargura, nos dará fuerza para sostener la inmensa pesadumbre que ha tenido a bien echar sobre nosotros.

Esperemos aquí, con el digno señor presidente en su silla, con los secretarios en los ayunos; no nos movamos, que tenemos la sospecha de que en este momento están fraguando planes que pueden llevarse a cabo en contra de la libertad y en contra de este Cuerpo.

El Sr. CASTELLAR: Señores diputados, no espere la Cámara más labios un discurso en estos momentos graves y solemnes, en que solo resoluciones patrióticas me dictan el corazón y la conciencia.

Señores, se necesita en política prescindir de vanas fórmulas y de vanos procedimientos, buenos para los poderes jurídicos, pero que no son buenos para los poderes políticos. Se necesita ir a las entrañas de las cuestiones, a la realidad de las cosas. Ningún discurso, por elocuente que sea; ningún ministerio, ni siquiera estos ministros que tantos servicios han prestado a la libertad, pueden conseguir que lo que es de ser, y que la realidad, deje de imponerse a todos con su incontrastable imperio.

La realidad es, señores diputados, que aquí, sin provocación de nadie, sin desdado de nadie, sin que nadie haya faltado, ni las Cortes, ni el pueblo, ni las autoridades políticas, ni las autoridades judiciales, ni las autoridades políticas, ni que hubiese siquiera una nube, el rey, el rey permanente, el rey vitalicio, el rey hereditario ha anunciado pública y solemnemente que arroja sobre el pavimento la corona de España. (El señor presidente del Consejo de ministros pide la palabra.) ¡Ah, señores! permítame el señor presidente del Consejo de ministros, se lo pido en nombre de tanto como he trabajado para que aquí no viniera una solución de fuerza; se lo pido en nombre de aquel silencio que se creía convenido con S. S. y que era tributo prestado a la libertad y a la patria; se lo pido en nombre de los servicios que ha prestado, para que no llegáramos a situaciones de fuerza, oigame S. S.; no crea que soy un diputado de oposición, un retrógrado o un argumentador, soy un patriota, un español que quiere que salvemos a España. Si tenéis razón, yo os lo doy; pero dédmela si yo la tengo, y no nos empeñemos en resolver este asunto por disensiones de amor propio.

Pues qué, señores diputados, ¿se puede dejar la patria, venir a esta tierra, de la calderosidad y del heroísmo, ceñirse aquella corona que llevan Fernando III y Carlos V, llamarse jefe de la nación española, de esta grande, de esta extraordinaria nación, y luego decir, por motivos que yo respeto, por razones que yo no discuto, decir: pues sabed que no tenéis jefe, que no tenéis rey, que no tenéis dinastía, que no tenéis estabilidad en el Gobierno, que no tenéis orden legal, que todo está destruido, porque una genialidad de joven y una ignorancia quizá del pueblo que rijo, me obligan a una renuncia, aunque esta renuncia traiga consigo todas las complicaciones posibles? (El Sr. Olave pide la palabra para defender al rey.)

¡Ah, señores! ¿En qué tiempos, en que nación por cuestiones de etiqueta parlamentaria, cuando, como, yo me permito preguntárselo a mi elocuente amigo el señor ministro de Estado, que es una de las glorias de la tribuna española; yo se lo pregunto a él, que conoce tan profundamente la historia parlamentaria, cuando, en qué nación a las cuestiones de etiqueta, a las cuestiones de procedimiento se ha sacrificado la salud de la patria? ¿Os parece que hubieran procedido bien nuestros predecesores de 1808, cuando después de haberse ido el rey Fernando VII dejando huérfana la nación, ellos transformaron completa y absolutamente la monarquía, la quitaron las prerogativas y los privilegios, y la transformaron en monarquía absoluta en monarquía democrática; os parece que debieron detenerse ante la consideración de que el rey estaba ausente, de que el rey no dejaba? Pues qué, ¿algún político se ha detenido ante esas consideraciones? No se han respetado ni siquiera los tratados internacionales.

Yo os pido, yo os ruego, no como diputado de la minoría, como español, yo os pido, yo os ruego que evitéis esta catástrofe con una solución próxima, ya que si no pudierais salvar al rey, no podríais salvar a la patria y a su prestigio. Por eso quiero y solicito la proposición para que estemos en sesión permanente. (No son veinticuatro horas las que pedís? No pide eso el rey, por boca del señor presidente del Consejo? Pues nosotros no desconocemos el poder ejecutivo; no desconocemos al rey, que es ha descomulgado a sí mismo; no desconocemos nada absolutamente nada. Lo que queremos es ejercer aquí, porque somos depositarios de una gran parte de la soberanía nacional, es ejercer aquí un poder que no se ha negado ni aun en las antiguas monarquías a las Cortes; un poder de vigilancia, que no dejemos de estar aquí vigilando. ¿Es que se opone esto al poder ejecutivo y a la monarquía fugitiva?)

¡Ah, señores! volved sobre vosotros; no hagáis esta cuestión de mayoría ni de minoría, de Gobierno ni de oposición; hacéis, cuestión de previsión y patriotismo. ¡Ah! esta Cámara, para la cual voy a ser abridor al templo de la historia, rotas a sus puertas todas las puertas, abiertas a sus ideas todos los horizontes, fugitivos aquellos que conspiraban permanentemente contra un derecho y contra su soberanía; esta Cámara puede salvar a la Nación española. Si lo hace, será más grande que las Cortes de Cádiz; y si no lo hace, merecerá la eterna reprobación de la justicia divina y la eterna maldición de la historia.

El Sr. Ruiz Zorrilla rectifica y se opone a la sesión permanente. El Sr. ministro de Estado: No he entendido bien al Sr. Figueras, y quisiera, porque las circunstancias son graves, y según mis últimas noticias más graves de lo que podíamos pensar; quisiera, digo, que el Sr. Figueras explicase su pensamiento: porque el Gobierno, salvo aquello que su dignidad, en tan tristes circunstancias le impone, desea como el primero evitar esos males que nos anuncia el Sr. Figueras y que el Gobierno teme. Queriendo, pues, evitar todo motivo de discordia, y deseando que no hubiera votación alguna, espero la fórmula del Sr. Figueras.

El Sr. FIGUERAS: La he manifestado ya, diciendo que permaneceremos aquí con la mesa sin deliberar, esperando la resolución del Gobierno; sin discutir nada, pero sin movernos de aquí, considerándonos como en sesión permanente.

El Sr. ministro de Estado: El Sr. Figueras quiere que sin deliberar quedemos aquí reunidos, en la previsión de toda contingencia, y ondeando sobre el edificio el signo de estar la sesión abierta; ¿es esto? Pues ¡ojalá que con la misma facilidad pudiéramos resolver las dificultades de hoy y las que se puedan ofrecer mañana!

El Sr. PRESIDENTE: El Congreso acuerda la sesión permanente sin deliberar; y como la mesa con su presidente ha de seguir aquí, deseo que se nombre una comisión que me acompañe. (Varios señores: Que la elija el señor presidente.)

La mesa se constituye en sesión permanente sin deliberar, con los señores diputados cuya lista se va a leer, y además con los que quieran quedarse.

Se leyó la lista anunciada por el señor presidente.

El señor PRESIDENTE: Se suspende la sesión, continuando en la forma que he indicado.

Eran las nueve.

PARTE OFICIAL.

Por decretos del ministerio de Gracia y Justicia, que hoy publica la Gaceta, se conmuta la pena de muerte impuesta a Miguel Brera y Goni por delito de doble asesinato, por la inmediata de cadena perpetua; se hace merced de títulos del reino con la denominación de conde de Caudillo, a D. Manuel Chevas y Loaisa, y con la de marqués de Coyo del Rey, a D. Justo San Miguel; también se resuelve que D. Bienvenido Oliver y Esteller, ocupe en el escalafón de Magistrados de Audiencia de fuera de Madrid, el lugar que le corresponde según su antigüedad.

Por decretos del ministerio de Fomento se concede la cruz de primera clase de la orden civil de María Victoria a D. Gregorio Hueso y Sanchez, y la de segunda clase a D. Manuel Logroño y a D. José García Aguado.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 11 DE FEBRERO DE 1873.

LAS CORTES.

Con gran impaciencia era esperada ayer la hora en que suelen abrirse las sesiones de Cortes, porque se deseaba tener una confirmación oficial de la grave noticia relativa al propósito de D. Amadeo, y saber qué acordaban las Cámaras en tan críticas circunstancias.

Abrióse la sesión del Congreso a la hora acostumbrada; mas el ministerio estaba deliberando, con asistencia de los presidentes de los Cuerpos Colegiados, sobre lo que debía hacerse; y por lo que después se ha visto, los pareceres debían ser muy encontrados. Invertíase el tiempo en el salón de sesiones del Congreso discutiendo largamente sobre una proposición relativa a los ayuntamientos de Guipúzcoa y sobre el establecimiento de un cable telegráfico entre Canarias y Marruecos. Infútil es decir que eran contrarios los diputados que se sentían con fuerza para asistir a una discusión tan poco oportuna. La impaciencia crecía dentro del edificio y fuera de él; a los alrededores había acudido mucha gente, que vitoreaba a la república y quería saber lo que pasaba dentro, y sin cesar alternaban en el uso de la palabra algunos oradores improvisados, muchos de los cuales manifestaban su desconfianza respecto a las resoluciones que se tomaran en el Congreso, y no pocos decían a voz en grito que no se fiaban de ciertos prohombres del partido federal. Algunos de estos pudieron enterarse por sí mismos de las escasas simpatías con que contaban entre la gente, que rodeaba el Congreso, pues habiendo salido a las ventanillas a dirigir la palabra al pueblo recomendándole calma, prudencia y confianza, eran a menudo interrumpidos por frases no muy halagüeñas.

Entre los que salieron a perorar a la ventanilla del Congreso, debemos contar al presidente de la Cámara y a los Sres. Sorni, Nouvilles, Carmona, Blanco, Oson, Castelar y Figueras. Este último ofreció a sus oyentes que los diputados republicanos no saldrían de la Asamblea a no ser muertos, sino después de haber proclamado la república.

No fué inútil el orden del Sr. Rívera de cerrar las puertas del Congreso y llamar a él y a sus alrededores un buen número de agentes de orden público; pues sin estas precauciones hubiera sido imposible evitar que la gente que estaba en la plazuela de Corvantes y calles inmediatas invadiese el palacio del Congreso. Acudió también a las inmediaciones de la Asamblea alguna fuerza de la milicia ciudadana; pero esta medida disgustó a los grupos, y a su instancia se dio orden a los milicianos para que se retirasen.

Lo que ocurrió fuera del Congreso no puede dejar de tenerse en cuenta para apreciar lo que dentro pasaba.

Según parece, en el ministerio al saber la resolución de D. Amadeo se manifestaron diferentes opiniones. El Sr. Ruiz Zorrilla y algunos otros ministros no querían precipitar los sucesos; querían encauzarlos por no sabemos qué legalidad que encontraban trazada en la Constitución; querían sin duda que, hecha una ley de abdicación, se eligiera un Gobierno que convocara Cortes Constituyentes, para que estas decidieran después de la forma de Gobierno, etc., etc. Para esto, o cosa por el estilo, pretendía el presidente del Consejo que se suspendieran las sesiones de Cortes, por lo menos hasta que pasaran las veinticuatro o cuarenta y ocho horas de plazo que a instancias del Sr. Ruiz Zorrilla se había tomado D. Amadeo para resolver definitivamente sobre su renuncia al trono.

Pero los republicanos no podían consentir en tales dilaciones, y dados ciertos antecedentes muy recientes, no era difícil prever que una gran parte de la mayoría de las Cortes estaba de hecho con los republicanos. Por su parte algunos ministros y el Sr. Rívera, consideraban imposible detener la marcha de los sucesos, o tenían interés en no detenerlos, ya por temor a la fuerza de los intransigentes, ya por temor a los conservadores de todos matices. El Sr. Ruiz Zorrilla envió una comunicación al Congreso rogándole que suspendiera

sus sesiones; mas el Sr. Rívera no quiso dar cuenta de ella. El tiempo pasaba, la impaciencia crecía, y era preciso tomar una resolución. Por fin, a instancia del Sr. Figueras, el Sr. Rívera rogó al ministerio que se presentase en el Congreso, y se presentó a las cinco y media de la tarde. El curso que desde esta hora siguió la sesión, pueden verlo nuestros lectores en el extracto que en otro lugar publicamos.

La discusión, que a todo trance quería impedir el Sr. Ruiz Zorrilla, recayó por fin sobre una proposición del Sr. Figueras, y varios individuos de la mayoría pidiendo que el Congreso se declarara en sesión permanente. El Sr. Ruiz Zorrilla hizo esfuerzos tenaces y desgraciados para impedir que esta se aprobase. Desgraciados, porque el presidente del Consejo de ministros debió comprender cuál era la opinión dominante entre los que anteayer pertenecían a la mayoría monárquica, y era inútil recordarle sus opiniones monárquicas de la víspera para comprometerlos a determinarse en el camino que habían resuelto seguir. Fué, pues, poco prudente en este punto el Sr. Ruiz Zorrilla, y no lo fué más cuando increpando a los conservadores les amenazaba con el miedo que habían de pasar cuando se proclamase la república.

A las pocas palabras del Sr. Ruiz Zorrilla todo el mundo pudo convencerse de que había profunda disidencia en el Gabinete, y esto se puso en evidencia con el discurso del Sr. Martos. El ministro de Estado se veía solicitado, de una parte, por sus compromisos con el jefe del Gabinete, y de otra por sus inclinaciones hacia la solución republicana, porque, según él mismo declaró, creía que era la única posible después de la renuncia de D. Amadeo, resolución que él tenía que fuese inevitable. Declaró el Sr. Martos, en consecuencia, que él gritaría ¡viva la nación! cuando D. Amadeo se hubiera marchado, pero no antes, y esta declaración, a pesar de la limitación, animó a la mayoría a apoyar la proposición del Sr. Figueras.

Entre tanto instaban los cimbríos, vanian noticias de la excitación que reinaba en las afueras del edificio, y el Sr. Ruiz Zorrilla abandonó el salón al convencerse de que todos sus esfuerzos eran inútiles, de que estaba solo, de que a nadie había conmovido su declaración, de estar resuelto a retirarse a la vida privada cuando fuera un hecho la renuncia de D. Amadeo, y de que a nadie habían convertido sus increpaciones a los que habiendo venido monárquicos al Congreso se convirtieran de repente en republicanos.

El Sr. Ruiz Zorrilla entendía que sus compromisos personales con D. Amadeo y con su padre le obligaban a hacer lo que ayer hizo, pero no se hacía cargo de que era imposible entender a la mayoría sus compromisos personales, y lo era también dominar por ellos la impaciencia natural en tan críticas circunstancias, cuando en la Cámara se sentía la presión de los republicanos intransigentes, a los cuales se temía y no se quería desconcentrar; cuando se temía además a los conservadores, y hasta públicamente se hacían indicaciones de desconfianza respecto al ejército, indicaciones que fueron por cierto débilmente contestadas por el ministro de Estado.

La empresa del Sr. Ruiz era superior a sus fuerzas y a la de los pocos que le ayudaban, entre los cuales no se sabe si se debe ó no contar al general Córdoba, quien no se dejó ver en el Congreso. Muchos suponían ayer que el ministro de la Guerra era de los que querían apresurar el advenimiento de la república.

La verdad es que aunque las Constituyentes previesen el caso de la renuncia del monarca que se proponían traer, era absurdo consignarlo en la Constitución, y la verdad es, por consiguiente, que aunque hay marcado un procedimiento especial para la abdicación, no le hay para la renuncia.

Era, pues, de esperar que sucediera lo que está sucediendo: que las Cortes, ante el hecho de la renuncia, trataran de refundirse en un solo cuerpo, proclamar la república y elegir un ministerio, ó un directorio, ó un poder con cualquier otro nombre. Esto probablemente quedará hecho hoy mismo, y tendremos república en Francia y república en España, lo cual no puede menos de ejercer grandísima influencia en las demás naciones de raza latina.

En cuanto a España, se ha realizado el pronóstico que el Sr. Figueras hacía para el mes de Febrero a varios amigos suyos de París.

Dar idea completa de cuanto se oye en los círculos políticos, de los temores, de las dudas, de las esperanzas que se manifiestan, es imposible. Hay, hasta ahora, tranquilidad material, pero la excitación de los ánimos es grande. Por el contenido de ciertas noticias que publicamos en otro lugar, comprenderán nuestros lectores que la mirada de los radicales y republicanos está por ahora fija en los generales conservadores y en el ejército.

SUBLEVACION CARLISTA.

Los periódicos oficiales de anoche no dan noticias de la guerra, dedicando sus columnas a hablar de la grave crisis que acaba de plantearse dentro de la revolución.

La Correspondencia se limita a decir que Camats había pasado por las inmediaciones de Raimat, perseguido por Arrando.

Según dice La Reconquista, el día 3 estuvo Tristany en Agramunt con 400 hombres, donde cobró la contribución, marchando luego por la montaña, y en Alentorn, sobre Artea de Segre, presidió los funerales que se celebraron por el Sr. Piñol de Juncosa, que había fallecido de muerte natural. Este era un rico propietario de las Garrigas, que se había unido a Camats, acompañándole al distrito de la montaña, cuando el Sr. Nasarre, como comandante general interino, le había llamado para recibir el mando de Torres. Camats, después de haber estado en Bellpuig, bajó a las Garrigas con más de 500 hombres, a los cuales se unió Canicor con unos 200, y en seguida fueron sucesivamente apareciendo Barenys, Tallada y Vallés con sus respectivas fuerzas, formando un total de 1,400 hombres. Aprovechando Camats esta coyuntura, acaba de realizar una atrevida excursión, y el día 6 a las dos de la tarde pa-

só el Segre por Serós, cayendo al anochecer sobre la ciudad de Fraga, como ya dijimos, donde cobraron 2,500 duros, que con los de Serós forman unos 4,000.

Arrando seguía a Camats, pero sin resultado. Se espera mucho de la expedición que está haciendo el valeroso jefe carlista.

Hé aquí el parte oficial de Saballs sobre la última acción que sostuvo contra el coronel Mercado:

MONTAÑÓN 29 de Enero de 1873.—Serenísimo Sr. Tengo la honra de poner en conocimiento de V. A., que ayer 28 hallándose en Santa Pau con cinco compañías del batallón de Guías y seis del de Hostalrich, tuve noticias de que llegaba la columna del coronel Mercado, mientras la de Andía se hallaba en las Planas.

Al momento comprendí que el enemigo quería ponerse entre dos fuegos, y resolví evitarlo, pero sin quitarles el gusto de poder decir (como de costumbre), que me habían batido y dispersado. Para esto dispuse que tres compañías del batallón de Hostalrich, y tres del de Guías, fuesen a ocupar el cerro llamado de las Buhigas, con orden de no abandonarle hasta haber agotado su último cartucho.

Las cinco compañías restantes las coloqué en los cerros que se encuentran entre la capilla de San Marcos y la casa llamada de Trias, con orden de no permitir al enemigo flanquear la izquierda del cerro de las Buhigas y salvarles después la retirada. Las compañías colocadas en las Buhigas se portaron como era de esperar, pues quemaron su último cartucho sin que el enemigo, que hizo todos los esfuerzos para apoderarse de él lo consiguiere, hasta que hubieron agotado sus municiones.

La segunda posición no fué atacada, en vista de lo cual, dispuse que las fuerzas que la ocupaban acompañasen al enemigo hasta el pueblo, adonde se encerró a las siete de la tarde, dejando en nuestro poder seis fusiles; después de lo cual dispuse la retirada, la que efectué retirándome a Sellent, a donde pasé la noche entre las dos columnas de Arrando y Andía, estando mis avanzadas colocadas a media legua de una y otra.

Las pérdidas consistían en dos muertos y cinco heridos, dos de ellos graves. Las del enemigo son 31 muertos y una infinidad de heridos, contándose entre ellos un jefe. Dios guarde a V. A. muchos años.—Sermo. Sr. Saballs.

Un periódico ha dicho:

«Decíase anoche que el Gobierno estaba incomunicado con el general Moriones, y según algunos, voluntariamente por parte de este.

Afirmábase que así general estaba reconcentrando las columnas de operaciones en Vitoria.»

Según indican otros diarios, esta concentración se hace con el fin de que haya tropas dispuestas a acudir a donde sea necesario para la conservación del orden en estas graves circunstancias.

En un suplemento que ha publicado esta mañana La Correspondencia, leemos lo siguiente:

«En Villarramiel (Palencia) han sido presos nueve individuos que iban a promover un alzamiento carlista en Villalón.

«La facción Rosas ha sido batida en Villanueva, concejo de Pravia, habiéndola hecho tres heridos y un prisionero. También la facción Valdés ha sido batida haciéndola un muerto, un herido y tres prisioneros.

«El general Primo de Rivera, que regresó ayer desde Oñate a Vergara, ha llegado a Elgoibar.

«La facción Ocho con 100 hombres entró ayer en Orbe huyendo de la persecución del general Moriones.»

«El imparcial da esta mañana pocas noticias:

«Ha llegado a San Sebastián el remolcador número 1, conduciendo las armas y efectos cogidos en Ayá a los carlistas.

«El general en jefe se encontraba ayer en Abartzua.

«Los cabecillas Rada y Ocho se encontraban ayer en las Amescuas.

«Las cercanías de Alsasua se encuentran cubiertas materialmente por la nieve.

«El cuerpo de ingenieros encargado de efectuar algunos trabajos de reedificación de puentes en las Provincias Vascongadas, se encuentra detenido de llevarlos a cabo, por impedírselo la gran cantidad de nieve.

«El cabecilla Fuster continúa recorriendo la provincia de Alicante, pero sin haber logrado engrosar su partida.

«El movimiento carlista intentado en Jarque, provincia de Zaragoza, ha abortado completamente.

«Ha sido restablecido el puente de San Blas en Ormaiztegui, quedando guarnecido con fuerza de carabineros.

«Han sido trasladados a Orio 19 individuos complicados en el movimiento carlista de aquella provincia.

«El gobernador militar de Guipúzcoa ha mandado a los alcaldes que trasladen a San Sebastián a todos los carlistas presentados.

«La partida de Mocken que vagaba por la provincia de Segre, ha pasado por Piqueras en dirección de Penálar, al parecer con el propósito de atravesar el Duero.

«El general Primo de Rivera llegó ayer a Vergara con su columna, procedente de Oñate, y saliendo inmediatamente para Elgoibar.

«Se ha presentado en Maestu una partida de 30 hombres.

Dice hoy la Gaceta:

«Provincias Vascongadas y Navarra.—La columna del coronel Padin desalojó anteayer en la Sierra de Sarbil (Navarra) a una facción de 100 hombres, haciéndole un prisionero.

«La facción Iriarte, fuerte de unos 320 hombres, atacó en el mismo día a Iruñun; pero fué rechazada con pérdida de algunos heridos.

«El capitán Muñiz, del regimiento del Príncipe, alcanzó el 5 en Maduria a la partida Goiriena, compuesta de unos 150 hombres, haciéndola huir con pérdida de tres muertos y un prisionero.

«Cataluña.—El coronel Cabrinety batió en Vidrú el 7 a las facciones Saballs y Cortazar, entre las que reunían unos 700 hombres, desalojándolos de sus posiciones, y causándoles cuatro muertos y gran número de heridos.

«Las tropas tuvieron ocho heridos y 19 contusos.

«Valladolid.—La columna al mando del comandante Saenz, de la Guardia civil, batió anteayer en el Concejo de Sobrecobio a la facción Valdés, causándole un muerto, un herido y tres prisioneros, logrando dispersarla y recoger varias armas de guerra.

«El capitán Rodríguez con las fuerzas de su mando cogió prisioneros a dos carlistas de Villamejín,

y al pasar por Villanueva le hicieron una descarga desde las casas. Atacadas estas, se retiró la facción, dejando tres heridos, de los cuales uno prisionero.»

Casi todo lo que hoy cuenta la Gaceta, lo decían ayer los periódicos oficiales, y la misma Gaceta habló ya del combate de Saballs con Cabrinety, del cual este ha salido, de seguro, mal librado.

Recibimos la siguiente carta:

«CAMPO DE TARRAGONA, 8 de Febrero.—A pesar del lujo de fuerzas con que se presentó en esta el Sr. Hidalgo y de las columnas en combinación que salieron de Reus el día 6, ayer la partida carlista de Tallada entró en la importante villa de Esplugas de Francolí, que está fortificada y cuenta con bastantes voluntarios de D. Amadeo. Al entrar los carlistas en la población, en número de 400 plazas, los voluntarios, como siempre, corrieron más que de prisa a encerrarse en la Iglesia, que les sirvió de fuerte, de manera que Tallada pudo cobrar la contribución con toda tranquilidad.

Los voluntarios amadeístas de la villa de Constantí devolvieron las armas que tenían al Gobierno de D. Amadeo, y ahora gozan de verdadera libertad e independencia. Ellos han conocido mejor que nadie lo que conviene a sus intereses.

En cambio, la población villa de la Selva, católica en su inmensa mayoría y que ha dado un numeroso contingente a las filas carlistas, va a ser fortificada contra la voluntad de sus vecinos. Los carlistas entraban y salían cuando les daba la gana sin que diesen ningún motivo de queja, ni a los pocos liberales que allí se cuentan, cuando he aquí que el día 6 se presenta el señor gobernador, y reuniendo al ayuntamiento y principales contribuyentes, les intimó la orden de que debían fortificarla.

El señor alcalde, concejales y propietarios allí reunidos, manifestaron unánimes su oposición a tan descabellada idea, haciendo ver los perjuicios que de ahí se les originarían; pero estas reflexiones de nada sirvieron ante el proyecto del liberal gobernador, quien contestó que dejaría allí un destacamento de guardias civiles si ellos no querían prestar el servicio, y que no solo tenía intención de cerrar todas las poblaciones, sino que hasta mandaría tapiar las casas de campo. Buen modo de concluir la guerra en este país, irritando los ánimos de esta manera!

Quiso de Constantí fuese a sus órdenes más de 400 voluntarios y se pasara tranquilamente por las cercanías del Vendrell. Vallés dice que ayer estaba con 500 hombres en Tivenis, cerca del Ebro. Camats, con otros tantos permanecía en las Garrigas.

«Ha resultado cierta la muerte de Piñol de Juncosa; pero no murió de ninguna herida, sino de muerte natural, producida por una inflamación de cabeza. (E. P. D.)

Suyo afectísimo.—A.

Recibimos la siguiente carta:

«MAESTRAZGO, 9 de Febrero.—Voy a dar cuenta de un hecho horrible, llevado a cabo por los voluntarios de la libertad, en un pueblo inmediato.

Es el caso, señor director, que unos veinte ó treinta voluntarios, en compañía de ochenta carabineros, salieron en el sudoroso pueblo, y antes de llegar, se separan los voluntarios de los carabineros, y entran en el pueblo, dando vivas a Carlos VII; y uno de los muchos carlistas que allí hay, indultado de esta campaña, salió de su casa a ver tan leales campeones de la santa causa; y estos, después de darle el quien vive y preguntarle quién era, se hicieron unos cuantos pasos atrás, y siete detonaciones anunciaron al pueblo la instantánea muerte de un joven robusto y simpático, que únicamente tenía el delito de haber ido a las filas de D. Carlos.

No contentos con esto, se expusieron por el pueblo ó indemonstrables, y sacian su ira, cual foragidos, tirando tiros a los inocentes, que encontraron en el teatro de sus gloriosas hazañas; pero por fortuna, y gracias a Dios, no han tenido que lamentar más muerte que la antedicha.

Calcule ahora, señor director, el pánico que dicha nueva producirá en los honrados vecinos, y en particular en los interesados del finado; la madre, como Vd. comprenderá, loca y desesperada, clama justicia contra tamaño atentado; pero en vano, esos tigres contestan a los clamores de la madre con improperios, y la amenazan aún con que «si no calla, habrá también para ella.»

Y al ver estas iniquidades, ¿quién no se mostrará indignado y tomará la pluma para dar publicidad a tamaño atentado?

Esto es, señor director, lo que hemos averiguado por varios y seguros conductos, y no tenga inconveniente en publicarlo, porque nadie, absolutamente nadie tendrá el atrevimiento de desmentirme.»

La siguiente carta da cuenta de los funerales de D. Tomás Piñol:

«ARTEA DE SEGRE, 6.—D. Tomás Piñol y de Porta, el virtuoso caudillo, el carifoso padre, uno de los primeros campeones que en Abril último desplegaron la bandera de Dios, Patria y Rey, y que todavía llevaba desplegando peleando con denuevo y acendrado patriotismo por la más santa de las causas, acaba de pasar a mejor vida; a recibir la corona que Dios promete a los que cumplen como buenos.

Habiendo tenido que abandonar el mando de la partida que tan dignamente capitaneaba, por haberle sorprendido en el campo del honor una gaceta, hubo de retirarse al pequeño pueblo de Alentorn, donde se le prodigaron todos los auxilios de la ciencia; empero Dios tiene contados los días del pobre mortal, y al Sr. Piñol se le complicó una fiebre tifoidea, la cual le hizo descender al sepulcro.

Su desconsolada esposa acudió desde los primeros momentos a hacerle más llevadera tan penosa enfermedad, habiendo tenido el infelice consuelo de recibir sus últimos suspiros a cosa de las nueve y media de la noche del día 3 del actual con la resignación propia y exclusiva de los buenos creyentes.

Inmediatamente se participó tan infanta noticia al Excmo. señor comandante general de esta provincia D. Rafael Tristany, que a la sazón se hallaba a dos leguas de distancia, el cual no se hizo esperar, acudiendo al lugar del suceso con su brillante estado mayor y sus 400 bizarros legitimistas, dando las más oportunas disposiciones para la inhumación.

En efecto, a las siete y media de la mañana del día 5 las cornetas anunciaron a los voluntarios iba a tener lugar un acto, el más digno de meditación en la vida humana. Ya las campanas anunciaban la salida de los ministros del Señor, que con pío magistoso y lúgubre canto se dirigen a la casa do yacen los restos del que, una vez conocido, no podrá olvidarse jamás: ya los defensores de la religión, apostados para hacer los últimos honores a su malogrado jefe, rinden las armas ante la Cruz salvadora, que precede a los que entonan cánticos de misericordia; ya, en fin, resuenan en el espacio las melodías de un *Requiem Israel de Egipto*, dando a entender que consigo llevan al que fué, para depositar sus cenizas en la mansión de los muertos.

La caja mortuoria, llevada por seis capitanes, y a la cual custodiaban cuatro batidores con armas a la funeral, ostentaba sobre la cubierta dos ricas y magníficas espadas y una buena ricamente bordada con borla de oro. Seguían al fére-

tro presidiendo el duelo el Excmo. señor comandante general de la provincia D. Rafael Tristany y los brigadieres D. Joaquín Nasarre y marqués de Benavente; luego los comandantes, capitanes, y así sucesivamente cada uno por su orden. Un muy venerable sacerdote, á quien deben de unir muy estrechos lazos de amistad, representaba á la familia del finado, que con la desconsolada esposa, dos hijas, una hermana ó inmenso número de amigos formaban aquel tan lucido séquito, cerrando el cortejo fúnebre una compañía de guías que hicieron los honores cual corresponde á un coronel muerto en el campo del honor. (Qué cuadro, señor director! Qué función tan magnífica! No tengo palabras suficientes para ponderar la religiosidad de aquellos valientes, en cuyo semblante se veía gravada la huella que el sentimiento les causaba.

Comprendo que traspasó los límites de una carta, y solo me permito decir para concluir, que celebradas las exequias con magnífica pompa y solemnidad, ha perdido la esposa su cristiano esposo, España un buen patriota, la causa católico-monárquica un entusiasta y decidido partidario, la provincia de Lérida uno de sus más acreditados caudillos, y los ricos carlistas un modelo que imitar, sacrificando como el señor coronel Pinol y de Porta sus esposas, hijos, patrimonio y comodidades por su Dios, por su patria y por su rey.

Con este motivo me ofrezco de Vd., dándole anticipadamente las gracias por si se digna publicar en las columnas de su digno periódico.

De diferentes periódicos de ayer y hoy toman las siguientes noticias:

«Esta mañana se han establecido fuertes reñones de voluntarios en el Teatro Real, en el de Novedades, en las prevenciones de los distritos y en algunos otros puntos.

«La igualdad anunció ayer la prisión de Caballero de Rodas, pero no es exacto.

«Las cuatro de la tarde continúa la situación en el mismo estado.

«D. Amadeo quiere marcharse mañana mismo, enviando hoy un mensajero á las Cortes.

«Se dice que inmediatamente se reunirán las secciones, y se aprobará el proyecto de ley de abolición.

«Se reunirán las dos Cámaras, nombrando presidente á Figueras, y jefe del Gobierno provisional á Rivero.

«Dice un periódico que desde esta mañana se está citando á todos los individuos de la milicia de Madrid, para reunirse en el ayuntamiento.

«El general Búrquez y otro general radical han salido anoche, el uno para Cataluña y el otro para las Provincias Vascongadas, con misiones del Gobierno para los generales Gamín y Moriones.

«Otros periódicos desmienten esto.

«Circulan muchas noticias, y hayagitación bastante en algunos barrios de Madrid.

«Los despachos citados que se enviaron anoche á las autoridades de provincias, participándoles el propósito del rey de abdicar, han causado á aquellos tanta sorpresa, que muchos capitanes generales y gobernadores han pedido rectificación ó ratificación de su contenido.

«Esta tarde se han reunido en casa de un general, no enemigo de la dinastía, otros muchos generales amigos y adversarios del Gabinete, pero todos partidarios de la monarquía.

«Dice un periódico radical que el Gobierno comisionó anoche á provincias la noticia del grave suceso, objeto ayer de la preocupación de todos los centros políticos, y que al mismo tiempo se han dado instrucciones á las autoridades para que mantengan el orden público, cualesquiera que sean los pretextos á virtud de los cuales pudiera alterarse.

«Se asegura que el Sr. Ruiz Zorrilla está decidido á acompañar al rey á Italia y á renunciar á la vida pública.

«Ayer se reunió en un salón de la calle de Vergara, apelando á su patriotismo.

«Por efecto de las circunstancias que atraviesa el país, las autoridades civiles y militares han tomado precauciones para asegurar el orden.

«No es cierto que los generales Caballero de Rodas y Zapatero hayan asistido á reuniones de índole política.

«Los Sres. Figueras, Castelar, Sorri y general Nouvilas se han presentado esta mañana al Gobierno á ofrecerle su apoyo para sostener la tranquilidad pública.

«Anteayer á última hora, se reunieron en casa del Sr. Sagasta muchos hombres de las más significadas en el partido conservador.

«Dice que el rey se muestra decidido desde ayer á abandonar el palacio é irse á habitar á un hotel.

«También han visitado al rey ayer mañana algunos hombres políticos de sus amigos particulares; pero le han hallado firme en su intención de abdicar.

«Si como decimos anteriormente, el orden no llegó anoche á turbarse, no por eso dejaron de notarse síntomas algún tanto significativos.

«A la una de la noche hallábase reunidos en la plaza de Santo Domingo unos grupos como de 30 hombres, que por su ademan y las circunstancias del día hacían suponer que obedecían á algún pensamiento concreto. Mas tarde fueron retirándose.

«También en la red de San Luis, á la entrada de las calles de Puencarral y Hortaleza, vimos un grupo como de unos 40, preparados al escape, según nos pareció, y que más tarde se retiraron. Al decir de las gentes, este grupo lo componían no sabemos qué comité de distrito.

«Y por último, prescindiendo de los barrios extremos, el punto más concurrido anoche de una á otra, fué la consabida plaza de Anton Martín. A unos 200 se hacía subir el número de los allí congregados, preparados los más, y aún al decir de las gentes, poseídos de algunas esquinas, si bien estos extremos no pudimos comprobarlos.

Sin embargo de esto, la tranquilidad material es absoluta.

El *Imparcial* de hoy no publica artículo alguno de fondo que nos permita formar idea de la opinión del periódico radical. Más en cambio da multitud de noticias que creemos útil reproducir para que nuestros lectores conozcan todo lo notable que ocurre en las presentes solemnísimas circunstancias:

«Los acontecimientos del día no entibieron ayer las esperanzas de los conservadores, quienes anoche consideraban seguro que la situación les pertenecía y por consecuencia debe ser suya. Estas esperanzas adquirieron notables proporciones desde el momento en que se supo la llegada á las inmediaciones de Madrid del señor duque de la Torre.

«A las ocho y media de la noche se aparecieron un carruaje en la calle de Florida-Blanca los Sres. Navarro y Rodrigo (D. Antonio) y Zavala, ayudante del señor duque de la Torre, este último en traje de camino. A la puerta de la casa donde dichos señores dejaron el coche se hallaba,

no sabemos si casual ó premeditadamente, el señor D. Antonio Romero Ortiz.

«La noticia de la abdicación del rey era ayer conocida en todas las provincias. En ninguna se ha alterado el orden, si bien, como es natural, reina en ellas la excitación consiguiente al ser conocido tan grave acontecimiento.

«Parece que hoy á primera hora se dará cuenta en el Congreso de la abdicación del rey.

«Créese que la Cámara está de acuerdo para abreviar todo lo posible el debate y la votación, y que dentro de la misma tarde quedará adoptada una solución.

«Asegúrase que el rey abandonará hoy mismo á Madrid.

«El Sr. Ruiz Zorrilla dejará hoy el palacio de la presidencia y mañana saldrá de Madrid para el extranjero.

«Poco después de las ocho de la noche llegó ayer á las inmediaciones de Madrid, apesadumbrado, el duque de Arroyo Abroñigal, el señor duque de la Torre, acompañado de sus ayudantes y otras dos ó tres personas.

«En el punto que indicamos le aguardaban otros varios personajes, componiendo entre todos hasta el número de 22, todos con botas de montar, como quienes se disponen á emprender una expedición inmediata.

«Enseguida se dirigió á campo atravesando hacia la carretera de Aranjuez, donde nuestras investigaciones les pierden por completo.

«A las altas horas de la noche, mejor dicho, hasta bien entrada la madrugada, se han podido observar en diferentes puntos de la capital algunos grupos que durante algún tiempo hicieron temer que pudiera ser alterada la tranquilidad general. Afortunadamente, y sin duda á causa de las excitaciones de algunas personas sensatas, los grupos fueron disolviéndose, y á la hora avanzada de que escribimos estas líneas, las calles de la villa presentan su aspecto acostumbrado.

«El rey ha encargado á su mayor domo mayor que haga empacar todas las prendas y alhajas de su uso que todavía llevaban las iniciales del duque de Aosta, pero previniéndole terminantemente que prosiga de todo cuanto ha adquirido desde su proclamación, incluidos los trenes, carruajes y caballos que hizo venir de Italia inmediatamente después de su venida á España.

«El rey posee 70,000 duros procedentes de la cuantiosa suma que todos los meses le remite su padre Víctor Manuel, pues sabido es que la consignación que le fija nuestra lista civil no basta á cubrir todas las atenciones de la real casa. Con dicha suma ha mandado que se satisficiera con el Sr. Palacios, si existe alguno.

«No sabíamos que la largueza de Víctor Manuel llegara hasta ese punto; ni que don Amadeo gastase en España todo su sueldo.

«En los momentos en que el voto unánime de la Cámara resolvía la cuestión de los artilleros, el marqués del Duero y algún otro militar de alta graduación, en nombre de varios generales conservadores, así como una comisión del cuerpo de artillería, se presentaron al rey ofreciéndole marchar á los cuarteles, sacar á las calles la guarnición y dar la batalla á la situación radical. El rey contestó que como monarca constitucional no haría más que someterse al voto de las Cortes, y en manera alguna obligar por la fuerza, y con derramamiento de sangre, quizás, á que el país aceptase determinadas soluciones.

«Así se cuenta, con tales caracteres de verosimilitud, que no nos parece una inconveniencia reproducirlas.

«A las diez celebraron ayer una conferencia con el Sr. Ruiz Zorrilla los Sres. Figueras y Pi y Margall.

«Los Sres. Pi y Margall y Figueras celebraron á la una una larga conferencia con el presidente del Congreso, Sr. Rivero.

«Ayer se reunieron 17 ó 18 generales conservadores, que después de una viva conferencia acordaron enviar al Gobierno un mensaje ofreciéndose para todas las eventualidades.

«Ha llamado extraordinariamente la atención el que no se haya presentado en Palacio ningún personaje importante del partido conservador.

«Los Sres. Rivero y Figueras celebraron ayer mañana varias conferencias, y puede decirse que no dará ninguno de estos señores paso alguno sino con previo acuerdo entre ambos.

«Ayer estuvieron en la presidencia del Consejo á ofrecerle al Sr. Ruiz Zorrilla para mantener el orden en caso necesario y en nombre del señor duque de la Torre, los generales Malmcampo y Topete. Este último ya había estado por la tarde conferenciando con el presidente del Consejo.

«Muchos sargentos de artillería de los recientemente ascendidos se niegan á aceptar los ascensos y quieren retirarse del ejército.

«A la una de la madrugada solo había en la Puerta del Sol un numeroso grupo cerca del café Imperial. Fué disuelto por unos voluntarios de la libertad.

«A las dos han empezado á levantarse barricadas en los barrios bajos, lo cual conceptuamos de escasa importancia dado el espíritu que á todo el pueblo anima.

«La opinión pública se ha repuesto algo de las tristes impresiones de ayer. Empieza á confiarse en que la causa de la sociedad será salvada.

«Algunas fuerzas de la milicia nacional se encuentran custodiando el Congreso, en cuya fachada principal, ó sea en la plaza de Cervantes, están situados unos cien guardias civiles de caballería.

«Un batallón de cazadores (creemos sea el de Mendigorría) tiene distribuidas sus fuerzas en la Carrera de San Jerónimo, calle del Sordo y teatro de Jovellanos, habiendo situado centinelas en varias bocas de las que afluyen al Congreso.

«El ayuntamiento, gobierno de provincia, ministerio de la Gobernación y otros edificios públicos están custodiados por la milicia ciudadana, dispuesta á defender el orden á todo trance.

«Un batallón de ingenieros y la fuerza de caballería de los guardias de S. M., custodian el regío alcazar.

«El teatro real, Español, Variedades y Novedades, están tomados por la milicia, de la cual hay también un piquete en cada una de las aldeas de barrio.

«Esta noche se han reunido los intransigentes en los clubs, habiendo acordado esperar hasta ver lo que resulta hoy del Congreso, para después obrar con arreglo á la solución que se dé á la suprema crisis porque atravesamos.

Sabemos positivamente, dice un periódico, que varios sargentos de artillería se niegan de una manera absoluta á aceptar los ascensos que se pretende darles.

Esta conducta honra sobremanera á los sargentos de artillería y prueba que todavía hay corazones por los cuales no son cosas sin importancia el honor y la dignidad.

En algunos cuarteles dices que hubo escenas conmovedoras entre los oficiales que se retiraban y las clases y soldados, que despedían á los que hasta entonces habían sido sus jefes.

Como es natural, los periódicos llenan sus columnas con noticias y consideraciones sobre los sucesos que han puesto una vez más á nuestra patria al borde del abismo. La calma aparente que se disfruta no tranquiliza á nadie, antes bien, hace presagiar nuevos trastornos, pues aunque la república venga, como viene, de arriba, las masas que la esperan, entrañadas y recelosas, pueden dar ocasión á algún conflicto.

Y que la república se nos imponga desde arriba parece cosa segura. Ayer se daba por hecho, pues las declaraciones monárquicas de Ruiz Zorrilla no impresionaron á la mayoría llamada monárquica, dispuesta, según un periódico, á firmar con los republicanos cierto importante documento, y contraría á votar un mensaje pidiendo á D. Amadeo que no nos abandonara. Aun sin necesidad de proclamarlo abiertamente, la actitud de ciertos hombres de la mayoría, las seguridades dadas por los republicanos importantes, de que del Congreso saldría la república, todo hacia comprender á la multitud que ayer tarde y en las primeras horas de la noche llenaba la Carrera de San Jerónimo y alrededores del Congreso que la república era inevitable.

Esta opinión es general, y la prensa la acepta sin restricciones: para que nuestros lectores formen una idea del juicio emitido por los principales periódicos sobre los gravísimos acontecimientos que estamos presenciando, insertamos á continuación lo que dicen de más importante:

«Se dice, aunque no podemos creerlo, que el Sr. Ruiz Zorrilla se abstiene de dejar el poder. No olvide que tiene una gran falta de ser absoluto, la de haber consentido que se desahogaran todos los elementos de orden. Hoy en tan supremo trance, un llamamiento á todos los partidos constitucionales sería el acto más prudente y aplaudido.

El rey había dicho, en último extremo, que solo retiraría la abdicación en el caso de organizarse un ministerio de conciliación; pero á la altura á que las cosas han llegado, esto es de todo punto imposible.

El ministerio además está dividido, y ya lo indicaba esta mañana *El Imparcial*, diciendo que los Sres. Martos, Becerra y Echegaray se habían ido después del Consejo á casa del Sr. Rivero, mientras los demás se retiraban á sus casas. Una parte del ministerio no cree poder renunciar á ser monárquica, mientras la otra parte trata abiertamente con los republicanos.

Los intransigentes republicanos, aunque ya todos merecen esta calificación, han asediado á los diputados para que no llegue el día de mañana sin estar proclamada la república. Es nuestro deber de Septiembre por culpa y abandono de los elementos conservadores. Si el ensayo se hace lealmente, si la demagogia no se sobrepone, si en medio de tantos desastres, no tenemos que lamentar copias de la Commune, no seremos nosotros los que pongan obstáculos á una forma de gobierno traída por las circunstancias.

La *Espeja* de ayer, á quien pertenecen los sueltos anteriores, dice también que los ministros, divididos en la manera de apreciar las circunstancias, lo estaban también en la manera de proceder. Ruiz Zorrilla y los ministros progresistas quieren que se sigan los procedimientos señalados por la Constitución para estos casos; los ministros cimbrios creen que debe proclamarse desde luego la república regida por un Directorio. Del Sr. Córdoba se dice que parece más inclinado á la opinión del Sr. Ruiz Zorrilla, mas hay quien le supone más republicano que el mismo Martos.

Añade el mismo periódico que D. Amadeo ha alegado como razón principal de su abdicación el haber llegado á ser rey de un solo partido. Se decía ayer también que D. Amadeo saldría en el mismo día con el Sr. Ruiz Zorrilla, y que doña María Victoria quedaba en la embajada italiana hasta su completo restablecimiento.

El mismo periódico añade:

«Ayer *El Diario Español* decía que D. Amadeo de Saboya reina en nombre de los anti-católicos de Europa, y es, de la parte de acá de los Pirineos, el centinela avanzado del protestantismo.

No copiamos el artículo de *El Diario*, porque desde el momento en que D. Amadeo de Saboya anuncia la resolución de renunciar un trono que no aceptó sino forzado por las exigencias de la política, nosotros no debemos pronunciarnos una sola palabra que le lastime. La responsabilidad toda, la grande é inexcusable responsabilidad es de los que hicieron la elección sin tener en cuenta para nada la situación de nuestro país.

(De *La Espeja*).

«Cómo esparcir lo que vamos á escribir? Para nadie es un misterio la gravedad de las circunstancias que se han precipitado de una manera tan inesperada como sorprendente. A nosotros mismos, que veíamos insostenible la situación que debía su origen á la votación de 16 de Noviembre de 1870, nos ha causado una sensación profunda la noticia que empezó á circular ayer por la tarde de que D. Amadeo de Saboya quería abdicar, y se empeñaba en que hoy mismo se diera cuenta á las Cortes de su resolución. Un suceso de tanta magnitud, es siempre peligroso en todos los países; pero cuando los partidos están desorganizados como en el nuestro, cuando los elementos que pueden luchar en un instante de conflicto pueden ser tan antagónicos y del triunfo de uno ó de otros nacer tan opuestas consecuencias, cuando la falta de tacto en los jefes, y de prudencia, abnegación ó patriotismo de los que componen los partidos, puede llegar á la huérfana nación quizás una herencia de lágrimas y de sangre, igno debe decir, que debe aconsejar el periodista que no tenga más norte que el bien del país, ni más aspiración que la de contribuir desinteresadamente á elevar el horizonte de la patria todas las nubes que puedan entrar en elementos de destrucción de hoy está trazada: el hablar para el público, nuestra voz ha de ser el eco de nuestro patriotismo, y en la expectativa de los gravísimos sucesos que se anuncian y en que han de jugar todos los hombres importantes y todos los partidos, no hemos de aconsejar más que lo que sentimos: ante las necesidades de la patria, el primer deber es acudir á ellas, y como para esto lo esencial es la calma y abnegación, abnegación y calma esperamos de todos los partidos. Que cuando pasados estos momentos supremos, nos podamos felicitar de haber conquistado una situación de paz y ventura, cada cual pueda decir: Yo también he contribuido á la felicidad de España!

«El proyecto de ley para la abdicación del rey, ha sido redactado por el Sr. Montero Ríos; pero no ha sido aun rubricado por S. M.

(*El Diario Español* de ayer).

«Es grande la impaciencia de los diputados de

todos matices por que se adopte una solución que evite la colisión y el derramamiento de sangre que se teme para esta noche.

«Todo el mundo censura la conducta del Gobierno, que sigue debatiendo sus cuestiones interiores, sin acudir al Congreso, ni adoptar resolución alguna decisiva.

«Estas vacilaciones en los momentos críticos son las que pierden á los Gobiernos y á los pueblos.

«Los moderados y conservadores, reunidos separadamente, han acordado lo pedir que se sigan los procedimientos que para la abdicación del rey establece la Constitución, si llega á abordarse esta cuestión en el Congreso.

(*La Política* de ayer).

«Supóngese que en los momentos angustiosos que mediaron entre la conferencia del rey con el Sr. Topete y el voto de confianza del Congreso, ninguno de los hombres constitucionales se negó á desempeñar la parte que le correspondiera en el interés de la régia prerrogativa. En esto se funda el desengaño terrible que en todos ha producido la inutilidad del que ellos creían un verdadero sacrificio.

«Dice que durante el día de ayer algunos hombres importantes del partido constitucional recibieron avisos, que podían crear intenciones, de que el rey estaba resuelto á abdicar; avisos de que no podían hacer caso en el concepto de que, aun siendo ciertos, no les era ya dado hacer cosa alguna para disuadir al monarca.

«Los jefes del partido republicano están haciendo esfuerzos para que por parte de sus amigos no se produzca ninguna perturbación prematura, siendo la palabra de orden de que nunca ha estado más próxima que ahora la proclamación de la república por medio del orden y de la marcha natural de los sucesos, siempre que no se crean amenazados los intereses conservadores.

«De resultados de los sucesos que están ocurriendo, parece que se han estrechado las filas de los constitucionales, entre los que ayer mediaron amistosas explicaciones.

«Una persona caracterizada y en disposición de conocer la situación de las cosas, nos dice lo siguiente:

«El rey Amadeo, lo sabemos positivamente y del modo más autorizado, está firmemente resuelto á llevar adelante su abdicación, si en el Consejo de ministros que habrá de celebrarse hoy en su presencia, pierde la última esperanza de seguir gobernando en medio de la conciliación política de los dos partidos que contribuyeron á su elevación al trono.

«Los constitucionales, según dicen los más caracterizados, no tienen ahora que resolver sobre la conducta que observarán con la corte de don Amadeo, supuesto que este parece resuelto á retirarse. La reunión que habrá luego que llegue el duque de la Torre, decidirá sobre la actitud del partido ante los acontecimientos que se preparan, y que habrán de realizarse si el rey Amadeo lleva adelante su abdicación.

«Dice que el ministerio no se encuentra unánime en el modo de resolver el conflicto presente, creyendo unos de los ministros que debe constituir hoy mismo un Gobierno definitivo, y optando otros por uno provisional, que consulte al país sobre la forma de gobierno que en definitiva deba dársele. Dice que los Sres. Zorrilla, Montero Ríos, Mosquera y Beranger son de esta última opinión.

Por el correo interior, y con la firma de un radical, se nos dice hoy lo siguiente:

«Estos días se ha asegurado que hemos estado amagados de un conflicto menos pacífico que el ocurrido ayer. Hay quien da por seguro que se había pensado en proponer para disolver las Cortes de grado ó por fuerza, en el caso de que estas hubieran intentado, como se decía, declararse en sesión permanente, y que estaban tomadas todas las medidas para constituir inmediatamente y rápidamente una dictadura, hasta el punto de que estaban hasta nombradas las autoridades, y estas dispuestas á ocupar su asiento á la menor orden.

«Quien esto nos escribe, alude sin duda al rumor que ha corrido de que hace dos días estaba formado un ministerio de conservadores, los cuales le tenían todo dispuesto para que, si merecían la confianza de la corona, las órdenes fueran respetadas y el orden siguiera inalterable.

«A la una y media se ha reunido el Consejo de ministros en presencia del rey, y este parece que ha insistido resolutamente en su abdicación, fundado en la imposibilidad que ve de reinar sin aparecer inclinado á este ó al otro partido. Así nos lo dice una persona amiga de D. Amadeo.

«Hombres muy importantes de la política, ante la eventualidad de sucesos que prevén, consideran que sería posible y patriótico constituir un Gobierno provisional de todos los elementos que contribuyeron á la revolución, y retrogradar al período constituyente.

«Los republicanos, con algunos radicales, se muestran decididos á no perdonar ocasión para proclamar la república.

«Entre las versiones que corren, y de las que no podemos salir garantidas en este momento, sobre los motivos que impulsaron al rey á renunciar su abdicación, figura como más acreditada la siguiente:

«Dice que el rey había consultado con el Sr. Topete sobre la medida que se creía próxima de la disolución del cuerpo de artillería, y que el Sr. Topete manifestó francamente al rey que la creía funesta para la dinastía. Cuéntase que el rey preguntó entonces al Sr. Topete si podía contar con los constitucionales en el caso de que hiciera uso de su régia prerrogativa; que el Sr. Topete consultó á algunos de sus amigos; que entre ellos y fuera de ellos encontró personas dispuestas á compartir los peligros y las dificultades con que naturalmente tropezaría un nuevo Gabinete; que el rey parecía decidido á hacer uso de su prerrogativa constitucional; que el ministerio lo supo, y que buscó por esto apoyo en las Cámaras, y que, cuando el Sr. Zorrilla se presentó á D. Amadeo para darle cuenta de lo que había ocurrido en el Congreso, el rey no creyó conveniente ponerse en pugna con el Parlamento, si bien decidido desde aquel momento á retirarse.

«Una gran parte de los diputados se mostraba ya á primera hora dispuesta á que no se levante la sesión sin constituir un Gobierno provisional.

«Atribuyese al rey la opinión de que se ve obligado á marcharse, porque no puede gobernar con partidos que cuando están en la oposición son antinacionales, y suspicaces en el poder; que á él le trajeron los partidos monárquico-revolucionarios unidos, y ahora le abandonan unos y otros.

«El propósito de algunos radicales y republicanos consistía hoy en proclamar solemnemente la república, constituir las Cortes en poder permanente representando la soberanía nacional, formar un Gobierno de su seno y mantener el orden público á todo trance, cualquiera que sea la voluntad ó la fuerza que intente alterarlo.

(*La Correspondencia* de anoche).

La *Libertad*, en un artículo titulado *Valor*, se felicita de no ser la primera en dar á conocer los hechos ocurridos. Acusa en términos no muy duros al Gobierno radical de la crisis tremenda en que está colocada de nuevo la nación. Se abstiene de juzgar el último acto político del elegido de las Cortes Cons-

tituyentes; declara que la patria es antes que todo y que su interés y salvación deben mover hoy á todos los partidos, y concluye:

«Hoy no es día de acriminar, no es día de exhalar lamentos, no es día de alentar rencores y odios. El conflicto ha venido; afrontémoslo todos con valor; enllemos á España; no permitamos que caiga abatida la gloriosa bandera de nuestra nacionalidad; que no pertenezca á un solo partido, que no es de un rey, que no representa un determinado interés: la bandera de la nación es la noble enseña de todos los españoles, sin distinción de matices; la bandera de la nación es Española!»

El periódico sagastiano, antes fervoroso dinástico, no tiene una sola palabra de respeto ó cariño para D. Amadeo, á quien llama á veces por su nombre en la mayor parte de sus sueltos.

La *Prensa* se expresa en el mismo sentido que *La Libertad*, y se manifiesta dispuesta á no mirar con los ojos de bandería lo que está sucediendo.

El *Puente de Alcolea* lamenta el desenlace que ha tenido la política radical, pero tampoco quiere acriminar y censurar á los que han traído á España á la situación presente, preñada de inmensos peligros y que por lo mismo exige la serenidad, el desinterés y la abnegación de todos para salvar los principios sociales. Concluye diciendo:

«Si en los destinos de la Providencia ha sonado la hora del planteamiento de la república en España, tengan en cuenta sus apóstoles y partidarios que solo puede ser viable en cuanto represente la libertad hermanada con el orden; pero que su triunfo será efímero y rápido si al inaugurarse como forma de Gobierno se desenfrenan á la vez los excesos demagógicos que atacan á la propiedad y al reposo de las familias.

A nosotros no nos asusta ninguna forma de Gobierno, con tal que los hombres encargados de la gestión de los negocios públicos tengan por norma de sus actos la honradez y la moralidad.

Bajo este punto de vista vamos hoy que Francia se rige bajo la forma de una república conservadora, cuyo punto objetivo es cicatrizar las llagas abiertas por la guerra con el imperio alemán, y á la sombra de su moderación y de su equilibrio, á veces venimos repensando para adquirir nuevos tinte de gloria en el porvenir, garantizando con su sabiduría y prudencia los altos intereses sociales, que solo viven á la sombra de la paz y del reposo público.

Téngase muy en cuenta esto que dice el *Puente de Alcolea* para lo que pueda sobrevenir.

Notese también que la prensa sagastiana no se muestra tan profundamente indignada por la caída del trono de D. Amadeo, como era de esperar. Lleva su generosidad hasta el punto de no atacar abierta y enconadamente á los radicales, y se muestra tan fría, que no tiene palabras de adhesión para aquel á quien ha incensado y elogiado hasta la saciedad.

Entre una serie de noticias que insertamos más arriba, verán nuestros lectores cómo da cuenta *El Imparcial* de la llegada del duque de la Torre anoche, no á Madrid, como dicen algunos periódicos, sino al arroyo Abroñigal, cerca de la estación del Mediodía.

Ignoramos si después entraría el duque en Madrid, aunque esto parece lo probable.

De un artículo que publica *La Política* sobre las causas de la renuncia de D. Amadeo, y en el cual dice que antes de firmarse el decreto de disolución del cuerpo de Artillería se había preparado un ministerio de resistencia, tomamos las siguientes líneas:

«No tardó el rey en conocer que al firmar el decreto disolviendo la artillería, había firmado su abdicación. Mandó, pues, poner su coche para dirigirse á pasar; entró en el solo, absolutamente solo, y en el camino dio orden al cochero para que se dirigiese á la calle de Puencarral, número 113, donde un tiempo había el duque de Montpensier—otra coincidencia fatídica—y hoy se halla establecida la legación italiana.

Lo que pasó allí, no se sabe; pero es fácil de presumir, sobre todo por aquellos que no ignoran que algunos minutos después de la salida del ilustrado visitante comenzaron á hacerse en el hotel de la legación preparativos para recibir poco antes inesperados huéspedes.

El más autorizado de los del palacio de la calle de Puencarral, quedó consternado ante la inquebrantable resolución del rey, según dice anoche un anciano diplomático extranjero, y D. Amadeo se dirigió en seguida á la Puente Castellana, donde todos pudieron verle recostado en el fondo de su berlina, solo, pálido, preocupado, meditabundo, fumando cigarrillos de papel con la aparente calma de las grandes resoluciones.

Supóngese que D. Amadeo ponía por condición para no renunciar á lo de que se formase un ministerio de conciliación.

El Imparcial cuenta del siguiente modo el

curso que ha seguido la crisis que ha acabado con el reinado de D. Amadeo de Saboya:

«Los antecedentes de la cuestión que hoy embarga la atención general son los siguientes:

En el Consejo de ministros celebrado el sábado bajo la presidencia del rey, éste, que como de costumbre se había enterado del estado general de los respectivos departamentos, encargó al finalizar el Consejo al presidente Sr. Ruiz Zorrilla, que se detuviese algunos instantes.

En la breve entrevista que el rey tuvo particularmente con el Sr. Ruiz Zorrilla, manifestó á este la irrevocable resolución de abandonar la alta dirección de los negocios del país, abdicando los poderes que de la nación había recibido en la nación misma representada por las Cortes.

El presidente del Consejo trató de disuadir al monarca de su propósito, pero este mantuvo su resolución y encargó al ministro que de ella dependía su sueldo, que se retirara.

Nada resolvió el Gobierno por el momento con la esperanza de que el rey desistiera ó modificara al menos sus decisiones; pero en la visita

SEGUNDA EDICION.

del rey participando a las Cortes su renuncia a la corona de España. La exposición de motivos que le han inducido a llevar a cabo esta gravísima resolución, está redactada por el mismo rey. Se guarda en palacio una gran reserva sobre este punto.

—Aceptada que sea por las Cortes la renuncia de la corona se procederá por las mismas a constituir el nuevo poder que ha de regir los destinos del país. Este poder provisional gobernará en nombre de la nación hasta tanto que por los procedimientos que la Constitución señala se reforme el art. 33 del Código fundamental y los que con este tienen relación, y se constituya un poder permanente que tendrá el prestigio de un poder legalmente elegido por los representantes del pueblo.

—Constituido el Gobierno provisional y formado el ministerio que ha de funcionar durante el período de interinidad, se disolverán las Cortes actuales y se convocarán Cortes Constituyentes al efecto indicado de reformar la Constitución.

—Se asegura que en la embajada de Italia están preparadas las habitaciones que han de ocupar los reyes después de admitida por las Cortes la abdicación de la corona. Es un deseo de la real familia el abandonar inmediatamente el palacio de la plaza de Oriente.

Son notables los siguientes sueltos publicados en la última hora de un periódico conservador.

«Algunas noticias que hasta nosotros han llegado, pudieran trasladar a nuestras columnas, y quizás servirían para calmar algún tanto el temor que tendrían algunos interesados por la tranquilidad y reposo de este país; pero como en estos momentos toda cautela es poca y no puede ni debe aventurarse nada, solo diremos que haya confianza, que el orden y los intereses de la sociedad no serán víctimas de la avalancha que sobre ellos pretenden echar desastrosas aspiraciones.

—Creemos que el día de hoy ha de ser fecundo en sucesos de altísima y trascendental importancia.

Los periódicos republicanos entonan himnos de triunfo.

Todavía, sin embargo, abriga algún recelo, por lo cual dicen que su partido está arma al brazo, dispuesto a no dejarse arrebatar la república ya conquistada.

Tal es la sustancia de lo que hoy dice la prensa republicana.

Como verán nuestros lectores el consolidado bajó ayer un 2 por 100, y las obligaciones de ferro-carriles 3'80.

Según el *Diario Español*, se confirma la noticia de haber recibido un telegrama del subinspector de artillería de Cuba anunciando que por el próximo correo recibirá la dirección de dicha arma las instancias de los jefes y oficiales que sirven a sus órdenes en aquella Antilla, solicitando el retiro y licencia absoluta.

Se asegura, dice hoy un periódico, que el Gobierno admite la dimisión presentada por el general Hidalgo, sobre la cual ha insistido este último terminantemente.

En muchas esquinas se han fijado carteles dirigidos por la minoría republicana a los republicanos federales, aconsejándoles orden y calma en las calles, mientras sus diputados salvan la república en el Congreso.

Esta medida ha podido ser motivada por cierta agitación que se notaba al medio día y por los rumores alarmantes que empezaban a propagarse.

A la una de la tarde los alrededores del Congreso presentan un aspecto imponente: numerosos grupos que a cada momento se aumentan ocupan todas las calles que adyacen a la plaza de Cervantes, y las avenidas del edificio de la Representación nacional están tomadas por los voluntarios de la libertad.

En el interior del Congreso se han tomado también grandes precauciones: los agentes de orden público, con carabina y bayoneta calada, guardan las entradas de las tribunas, sin exceptuar a los periodistas, señadores y ex diputados, siendo muy difícil llegar hasta ellas por los muchos obstáculos que opone la fuerza pública y los dependientes del Congreso, a los cuales el Sr. Rívera ha dado órdenes severísimas.

A la una y media bajaban por la calle de Alcalá en dirección del Prado fuerzas de caballería del ejército.

Dícese que el Gobierno se presentará primero en el Senado a dar cuenta de la abdicación de D. Amadeo, viniendo después al Congreso.

A las dos y media todavía no había indicio alguno que hiciera suponer la proximidad de la sesión en la Cámara popular.

Se asegura, ignoramos con qué fundamento, que el Gobierno traerá al Congreso la dimisión de D. Amadeo, la cual será aprobada en el acto, presentándose en seguida una proposición pidiendo que se unan ambos Cuerpos colegisladores para formar una Cámara única, la que declarará en el acto que la forma de gobierno de la nación española es la república federal.

Aprobada esta proposición, se nombrará un Gobierno provisional, saliendo los diputados republicanos a la puerta principal del Congreso a poner esta noticia en conocimiento del pueblo.

Hé aquí, precedida del oficio de remisión del ministerio, la renuncia de D. Amadeo, dirigida al Congreso.

Igual mensaje se habrá remitido al Senado. «Presidencia del Consejo de ministros.—Excelentísimo señor.—A la una y media de este día me he personado con el señor ministro de Estado en la real cámara de instancia de S. M. el rey (que Dios guarde), el cual me ha hecho entrega del adjunto documento, que tengo el honor de acompañar a V. E. para que se sirva dar conocimiento de él al Congreso.—Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 11 de Febrero de 1873.—Manuel Ruiz Zorrilla.

AL CONGRESO.

Grande fué la honra que merecí a la nación española eligiéndome para ocupar su trono; honra tanto más por mí apreciada, cuanto que se me ofrecía rodeada de las dificultades y peligros que lleva consigo la empresa de gobernar a un país tan hondamente perturbado.

Atentado, sin embargo, por la resolución propia de mi raza, que antes busca que esquivar el peligro, decidido a inspirarme únicamente en el bien del país y a colocarme por cima de todos los partidos, resuelto a cumplir religiosamente el juramento por mí prestado ante las Cortes Constituyentes, y pronto a hacer todo linaje de sacrificios por dar a este valeroso pueblo la paz que necesita, la libertad que merece y la grandiosa y gloriosa historia y la virtud y constancia de sus hijos le dan derecho, creí que la cortea experiencia de mi vida en el arte de mandar sería suplida por la lealtad de mi carácter, y que hallaría poderosa ayuda para conjurar los peligros y vencer las dificultades que no se ocultaban a mi vista, en las simpatías de todos los españoles amantes de su patria, deseosos ya de poner término a las sangrientas y estériles luchas que hacen tanto tiempo desgarran sus entrañas.

Conozco que me engañó mi buen deseo. Dos años largos he visto la corona de España, y la España vive en constante lucha, viendo cada día más lejano la era de paz y de ventura que tan ardientemente anhelo. Si fueran extranjeros los enemigos de su dicha, entonces, al frente de estos soldados tan valientes como sufridos, sería el primero en combatirlos; pero todos los que con la espada, con la pluma, con la palabra agravan y perpetúan los males de la nación, son españoles; todos invocan el dulce nombre de la patria, todos pelean y se agitan por su bien; y entre el fragor del combate, entre el confuso estruendo y contradictorio clamor de los partidos, entre tantas y tan opuestas manifestaciones de la opinión pública, es imposible afirmar cuál es la verdadera, y más imposible todavía hallar el remedio para tamaños males.

Lo he buscado ávidamente dentro de la ley, y no lo he hallado. Fuera de la ley no he de buscarlo quien ha prometido observarla.

Nadie achacará a flaqueza de ánimo mi resolución. No habría peligro que me moviera a desconfiar de la corona, si creyera que la llevaba en mi sien para bien de los españoles; ni causó me en mi ánimo el que corría la vida de mi augusta esposa, que en este solemne momento me manifestaba como yo el vivo deseo de que en su día se indultase a los autores de aquel atentado. Pero tengo hoy la firmísima convicción de que serán estériles mis esfuerzos e irreales mis propósitos.

Estos son, señores diputados, las razones que me mueven a devolver a la nación, y en su nombre a vosotros, la corona que me ofreció el voto nacional, haciendo esta renuncia por mí, mis hijos y sucesores.

Estad seguros de que al desprenderme de la corona, no me desprendo del amor a esta España tan noble como desgraciada, y de que no llevo otro pesar que el de no haberme sido posible procurarla todo el bien que mi leal corazón para ella

apetecía.—Amadeo.—Palacio de Madrid, 11 de Febrero de 1873.

CONGRESO.

A las tres se abre la sesión.

La concurrencia de diputados es muy grande, pero el banco azul está desierto.

El presidente, Sr. Rívera, anuncia al Congreso que va a darse cuenta de una comunicación del Gobierno.

El secretario, en medio del más profundo silencio, lee una comunicación en la cual el presidente del Consejo de ministros y el ministro de Estado participan al Congreso que hoy a la una y media han sido recibidos por D. Amadeo de Saboya, el cual les ha entregado un mensaje en el que dice que la gran división de partidos que en España existe le ha convencido de que es de todo punto indispensable salvar la felicidad de España, cuyas dimensiones hubiera querido acabar para siempre.

El señor presidente dice que en vista de esta comunicación de D. Amadeo de Saboya, la soberanía vuelve íntegra a las Cortes, y propone que se envíe un mensaje al Senado, para deliberar ambas Cámaras reunidas.

El Sr. Salaverri declara que en estos solemnes momentos en que el primer magistrado de la nación ha renunciado su puesto, debe atenderse ante todo a que tenga fundamento legal lo que haya de constituirse para salvar la integridad nacional, la patria y los intereses sociales con el orden público y el cumplimiento de los compromisos financieros.

Concluye declarando que su fracción no pondrá obstáculo alguno a la mayoría. (Bien, muy bien).

El Sr. Ulloa afirma que es monárquico, aunque sin candidato; pregunta si se puede ahora hablar de partidos.

Muchas voces. No, no.

Continúa, antes que políticos somos españoles.

Estreptosos aplausos.

Concluye diciendo que no pondrá obstáculo alguno a los que quieran salvar la patria.

El Sr. Cast. lee dice que estos instantes son como los del año 1808, y que no hay más que españoles para salvar la patria.

Declara que luchará a brazo partido contra todas las demagogias para salvar la honra del país.

Asegura que el caso de la abdicación de una dinastía no está previsto y no se puede observar fórmula alguna.

El Sr. Rívera anuncia que el Senado está esperando y pregunta si se aprueba la proposición.

Se aprueba por unanimidad.

Se suspende la sesión.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

(De la Agencia Fabra.)

PARIS, 8.—La comisión de los treinta ha desechado tres proposiciones del Sr. Dufaure, aprobando únicamente la reducción del dictamen de la subcomisión.

LISBOA, 10 (por la noche).—Las noticias de España han producido gran sensación aquí.

PARIS, 10.—En la Bolsa se han cotizado:

El 3 por 100 francés, a 55-60.

El 5 por 100 ídem, a 90-00.

El exterior español, a 26 1/2.

Consolidados ingleses, a 92 3/8.

Bolsín.—El exterior español viejo, a 25 5/8.

El de 1871 y 1872 a 25 3/8.

El interior español a 22 3/8.

BOLSA DEL DIA 11 DE FEBRERO.

Renta perpetua al 3 por 100, publicado, 21-90, 65, 22-60, 80, 25, 20, 21-75, 80, 85 y 22-00; pequeños, 22-25, 21-90, 95 y 22-00.
Renta perpetua exterior al 3 por 100, publicado, 27 1/2, 26-50 y 27-00.
Billetes hipotecarios del Banco de España segunda serie, publicado 100-60 y 50.
Bonos del Tesoro, de 2,000 rs., 6 por 100 intereses anual, publicado, 43-75, 44 por 100, 43-75 y 80.
Idem id. de 20,000 rs., publicado, 43-35.
Acciones del Banco de España, publicado, 172-00 p.

NOTICIAS GENERALES.

Dice *La Correspondencia* que el comandante de ejército, capitán de artillería D. Augusto Placencia ha inventado una nueva pieza que reúne la sencillez, el alcance y la precisión en el tiro al peso limitado que permiten el manejo y transporte de la artillería de montaña, por cuyo invento le ha premiado el Gobierno con el empleo de teniente coronel de ejército y la encomienda de Carlos III libre de gastos.

La Dirección general de la Caja de Depósitos ha acordado los pagos que se expresan a continuación para el día 12 del corriente:

Intereses de depósitos en efectos públicos, segundo semestre de 1872, números 51 al 58 de sorteo, carpetas números 4,811 a 2,016 a 70, 5,111 a 2,021 a 80, 1,271 a 80, 1,511 a 2,016, a 90 y 351 a 60 de señalamiento.

Intereses de resguardos al portador, segundo semestre de 1872, bolas 91 a 100 de sorteo, carpetas números 11 a 20, 841 a 50, 381 a 40, 101 a 10, 831 a 40, 371 a 80, 461 a 70, 281 a 90, 631 a 40 y 441 a 60 de señalamiento.

La Tesorería central de la Hacienda pública, satisfará el día 12 del actual, el cupon vencido en 30 de Junio último, cuyas carpetas se hallan señaladas con los números 786 a 870, así como los bonos del Tesoro amortizados en 29 de Diciembre de 1871, cuyas facturas están señaladas con los números de sorteo 577 a 581.

La temperatura máxima fue ayer en Madrid, a la sombra, de 5,2 y al sol de 18,1.

Según los partes recibidos, ayer llovió en Granada y Santander y nevó en Avila, Burgos, Cuenca, Logroño, Soria y Vitoria.

La recaudación del arbitrio sobre artículos de comer, beber y arder, importó ayer en Madrid 33,054 pesetas, 20 céntimos.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY: San Saturnino y compañeros mártires, los siete Siervos de María y San Juan de Brito de la compañía de Jesús.

SANTO DE MAÑANA: Santa Olalla virgen y mártir.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de los Siervos de María, donde por la mañana habrá Misa cantada, y por la tarde procesión y reserva.

IMPRESA DE D. ROQUE LABAJOS, a cargo del mismo. Calle de Pelayo, núm. 34.

SECCION DE ANUNCIOS.

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES.

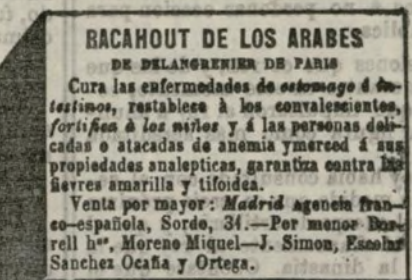
NOVENA.

RELACION DE MILAGROS Y ORACIONES PARA OIR MISA EN HONOR DE LA SANTISIMA VIRGEN.

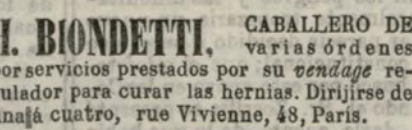
Forma un librito de 128 páginas. Se vende a DOS REALES en Madrid en las librerías de Aguado, Olamendi y Tejado, y en la administración de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL. Los pedidos de provincias pueden hacerse al administrador de este periódico, remitiendo cinco sellos de 12 céntimos de peseta, ó su equivalente.



OCULINE
DU DOCTEUR
JAMES SMITHSON
Para devolver pronto al ojo la vista y a la herba sus colores naturales.
207 rue St-HONORE. PARIS



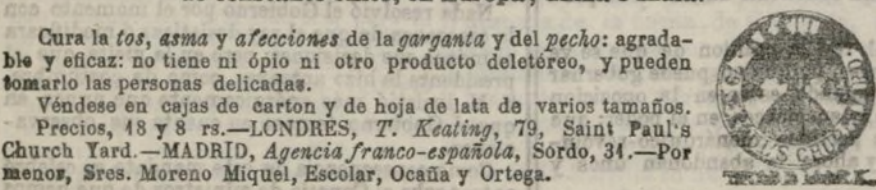
BACHAOUT DE LOS ARABES
DE DELANGRENIER DE PARIS
Cura las enfermedades de estómago y de intestinos, restablece a los convalecientes, fortifica a los niños y a las personas debiles y afeadas de anemia y mareos y a las propiedades anépticas, garantiza contra los verres amarillos y tifoides.
Venta por mayor: Madrid, Agencia Franco-española, Sordo, 34.—Por menor: Barcelona, Agencia Franco-española, Sordo, 34.—Por menor: Valencia, Agencia Franco-española, Sordo, 34.—Por menor: Ocaña y Ortega.



H. BIONDETTI
CABALLERO DE varias órdenes por servicios prestados por su valiente regulador para curar las hernias. Diríjase de una a cuatro, rue Vivienne, 43, París.



PASTILLAS PECTORALES DE KEATING.
Remedio universal y el más apreciado del público: más de cincuenta años de constante éxito, en Europa, China e India.



Church Yard. Precios, 48 y 8 rs.—LONDRES, T. Keating, 79, Saint Paul's Church Yard.—MADRID, Agencia Franco-española, Sordo, 34.—Por menor, Sres. Moreno Miquel, Escolar, Ocaña y Ortega.

LEY DE ENJUICIAMIENTO CRIMINAL RESTABLECIENDO EL JURADO.

EDICION DE BOLSILLO.

Se vende encuadernado en rústica a 6 reales, y encartado en lustré a 8 reales, franco el porte, en casa de D. Roque Labajos, Cabeza, 27, Madrid, en la administración de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL y en todas las principales librerías, remitiendo su importe en billetes ó letras de fácil cobro.

NO MÁS TISIS.



PASTILLAS DE BELMET.

Remedio pronto y seguro contra la tisis y toda clase de toses y afecciones del pecho.

RUMILOS ALTOS (Cuenca) 8 de Noviembre de 1872.—Muy señores míos: Hallándome en un estado desesperanzado de recobrar mi salud, molestandome una tos muy sutil, pero muy grave con una fuerte afección al pecho que no me dejaba respirar y me producía grandes dolores, de los cuales hace más de un año me venía resintiendo, pero en un estado tan crítico hace cuatro ó cinco meses a esta parte que tenía que hacer cama un día sí y otro no; así que agravándose mi enfermedad cada momento, hasta el extremo de no darme ninguna de las personas que me veían un mes de existencia, pero hallándome suscrito al periódico *La Berta*, donde leía con frecuencia los resultados maravillosos de las pastillas de Belmet, me decidí a tomar una caja de dichas pastillas, pero como la vida me veía al ver sus resultados tan pronto como seguros, pues con dicha caja cedí la tos, tuve ganas de comer, y no hice ya más cama, y a la conclusión de otra caja, que me traje un amigo a últimos del pasado mes de febrero, también procedente de sus farmacias, me hallé completamente restablecido y dedicándome hoy a toda clase de diversiones y esfuerzos propios de la juventud. Adjunto es el importe de otra caja para que me la remitan, pues no quiero carecer de las pastillas, que después de la divina providencia les debo la vida. Les autorizo a hacer el uso que gusten de esta carta, que tiene desos de poderles ser útil y entre tanto se ofrece de Vd. afectísimo S. S. Q. B. S. M.—ANTONIO ANGUIX.

Las pastillas de Belmet, se expenden en Madrid en las farmacias de sus autores, don Vicente Saiz y D. Félix Montero, calle del Poz número 9; y Corredora Alta, núm. 3, los cuales se encargan de su remisión a todas partes. Precio de la caja con su instrucción 30 rs. en los pedidos de más de seis cajas, se rebaja el 25 por 100.

FINARSE BIEN. Todas las cajas que no lleven la firma Saiz en la etiqueta, y Montero en el papel blanco que cubre la caja, y debajo de este papel la litografía del pastor en colores, son falsas y no respondemos de ellas lo cual ponemos en conocimiento de los que de dichas pastillas hagan uso.

OTRA. Cada pastilla para ser verdadera debe tener grabado por un lado Montero Saiz, y por el otro Pastillas de Belmet.

DEPOSITARIOS. Albacete, farmacia del Sr. Martínez.—Alicante, farmacia del señor Rodríguez Hernández.—Alcoy (Alicante), farmacia del Sr. Alonso, Mayor, 8.—Almendralejo (Badajoz), droguería del Sr. González.—Almería, farmacia del Sr. Vives.—An-tequera (Málaga), Sr. Espejo.—Arroyo del Puerto (Cáceres), farmacia del Sr. Castro.—Avila, farmacia del Sr. Rodríguez.—Burgos de Osma (Soria), farmacia del Sr. Rico.—Burgos, farmacia del Sr. Barriocanal.—Bailén, farmacia del Sr. Albornoz.—Barcelona, farmacias de los Sres. Fortuny, Monserrat, Aguilar Rambla del Centro; Borrell, conde del Asalto, y droguería de Aurial y Alomar, Moncada, 20.—Badejoz, farmacia del señor Camacho.—Bilbao, farmacia del Sr. Pinedo, Cruz, 40.—Cáceres, farmacia de la señora viuda de Hurtado.—Cuenca, farmacia del Sr. Llandres.—Coruña, droguería del señor Becasana y farmacia del Sr. Villar.—Cádiz, farmacia de las Columnas, San Francisco, 25.—Ciudad-Real, farmacia del Sr. Gascon, Cuchillería.—Ciudad-Rodrigo, farmacia del Sr. Fuentes.—Córdoba, farmacia del Sr. Avilés.—Cartagena, droguería del señor Rizo.—Gerona, D. J. Vila, farmacia, S. Bola.—Gijón (Oviedo), farmacia del señor San Pedro.—Granada, farmacia del Sr. Rubio Pérez.—Puente del Carbon (Jaén), farmacia del Sr. Higuera.—Jerez de los Caballeros, farmacia del Sr. Cano.—Jerez de la Frontera, droguería del Sr. Rebutello.—Las Palmas (Canarias), farmacia de las hermanas Bernotas.—Leon, farmacia de Sr. Merino ó hijo.—Logroño, farmacia del Sr. Zubia y del señor Zardoya.—Lugo, farmacia del Sr. Rodríguez.—Lugo (Logroño), farmacia del señor

Baltanas.—Lorca, farmacia del Sr. Egea.—Málaga, farmacia del Sr. Prolonga y del señor Utrera, calle de Granada.—Madrid, farmacia de los señores Borrell, Puerta del Sol, Moreno Miquel, Arenal, núm. 2.—Simón, Caballero de Gracia.—Uzurrutun, Imperial, 4.—Hernandez, Mayor, 29.—Moreno, Mayor, 93.—Navarro, Atocha, 434.—Quit, Peligros, núm. 4 y Ferrer, Montero, 54.—Múrcia, farmacia del Sr. Martínez.—Oviedo, farmacia del Sr. Martínez.—Palencia, farmacia del Sr. Fuentes, Mayor, 444.—Palma de Mayorca, Sr. Vidal, San Roque, 9, entresuelo.—Pamplona, farmacia de Sr. Colmenares, calle Bolserías, y del Sr. Peña, Chertela, 15.—Pontevedra, farmacia de la señora viuda de Rivez.—Riaseco (Valladolid), farmacia del Sr. Fernandez, calle de los Lienzos.—Rivedo, farmacia del Sr. Mira.—Santander, farmacia del Sr. Cuesta, Alarazanas.—San Sebastián, farmacia del Sr. Usabaga.—Santiago, farmacia del Sr. Blanco Navarrete.—Salamanca, farmacia del Sr. Villar y Pinto.—Sevilla, farmacia del Sr. Delgado, barrio de Triana.—Soria, farmacia del Sr. Monge.—Torrelavega (Santander), farmacia del señor Lopez.—Toledo, farmacia del Sr. Dubus.—Tolosa, farmacia de la Reina, farmacia del Sr. Lirio.—Torrijos (Toledo), farmacia del Sr. Relancon.—Tortosa, farmacia de Sr. Querol.—Tuy, farmacia del Sr. Amodeo.—Valencia, farmacia del Sr. Jabo.—Valladolid, farmacia del Sr. Reguera.—Vega de Pas (Santander), farmacia del Sr. Pelayo.—Vitoria, farmacia del Sr. Arellano.—Zamora, farmacia del Sr. Alonso Narbon.—Zaragoza, droguería del Sr. Jordan, plaza del Mercado.

EXAMEN CRITICO DEL GOBIERNO REPRESENTATIVO EN LA SOCIEDAD MODERNA.

REVERENDO PADRE LUIS TAPARELLI, DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

Introducción. El principio heterodoxo. El sufragio universal. Posesión de la autoridad. Emancipación de los pueblos adultos.

La nación a la moderna. Poder legislativo.—Poder ejecutivo. La administración en sus teorías. La administración en la patria.

Dos tomos de cerca de 500 páginas. Cada uno. Véndese en la administración de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL. Precio 25 rs. en Madrid, y 32 en provincias, franco de porte.

LA BANDERA CARLISTA EN 1871.

Terminada esta publicación, que contiene la historia del partido legitimista español desde Julio de 1863 hasta el ministerio Ruiz Zorrilla, es de suma utilidad, no solo por la doctrina que encierra, sino porque en ella, además de las biografías y retratos de los actuales senadores y diputados carlistas, se hallan todos los documentos importantes, todos los datos que más interesan al partido; se hace una reseña de los folletos que han visto la luz en los tres últimos años, y se publican las listas de la mayor parte de las juntas católico-monárquicas establecidas en España. La obra consta de un grueso volumen dividido en dos partes: la histórica tiene 645 páginas, la biográfica 320, y está adornada además con 80 retratos en litografía.

Su precio es. 40 rs.
Historia de D. Ramon Cabrera, tercera edición, aumentada con los últimos acontecimientos, dos tomos. 40 rs.
Vida de Santa Teresa de Jesús, escrita por ella misma. 40 rs.
Obras selectas de Fray Luis de Leon. 40 rs.
Teatro selecto de D. Juan Ruiz de Alarcón. 40 rs.
Se hallan de venta en las librerías de Madrid, Olamendi, Tejado y D. Leocadio Lopez, y en casa de nuestros correspondientes de provincias, ó en esta administración, R. Labajos, Cabeza, 27. Madrid, remitiendo su importe en libranzas ó sellos.